

... de NUNCAACABAR...

Secuencia

Con la boca es un mamey
(la balsa)

"Mi gallo..."

Espejuelos

"guarachita" - *"Duerme, duerme, negrita"*

Marina-"guarachita"

"guarachita": *"Es tarde, ya me voy, mi negrito me espera" ...*

"Al a limón"

El pañuelo

"urí urí urá..."

"Dona Nobis" (la marcha)

Hostos Brother

"Dona Nobis" instrumental

El anillo-"Arroz con leche"

"Tu me acostumbraste"

Gurúa-"boleros"

"por eso me pregunto..."

El botón-"Shake it morena..."

"(Brinca la tablita...)"

Rodante-19-10-95-Márquez

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

MSIS 01

1080237

24/11/08 EVT
19/abril/05 205

1

La crianza: con la boca es un mamey

—“...y entonces el lobo malo recibió su merecido y nunca más volvió a molestar a los tres cerditos. Y colorín colorado, este cuento ha terminado”.

—Papi, ¿los lobos son malos?

—No, Chernesto, los lobos son animales como los demás: no son ni buenos ni malos.

—Tú dijiste algo del lobo malo, papi —lo cuestiona el pequeño Kaguax.

—Eso es lo que dice aquí. El lobo del cuento es malo, pero es sólo un cuento.

—Los cerdos sí que son sucios y feos —interviene Tania Mariana—. Esos tres del cuento no, pero los de verdad, ¡son más feos...!

Papá sonríe, bonachón.

—No son ni feos ni lindos, preciosa. Para su mamá, los cerditos son los más lindo del mundo.

—Pues para mí no. ¡Y cómo apestan! ¡Fochi!

—¿Y Santa Claus, papi, es feo? —quiere saber Chernestito.

Papi se sorprende.

—¿Y por qué tú me preguntas eso?

—Porque el abuelo Benny dice —explica Tania Mariana— que para ustedes todo lo americano es malo.

—Esas son cosas del abuelo, no le hagan caso. Pero Chernestito no se da por vencido.

—¿Quién es mejor, papi, Santa Claus o los Reyes?

—Eso depende, mi amor. Para nosotros, los Reyes, porque son nuestros. Allá los otros países con su Santa Claus.

—Tú dijiste una vez que eso de los Reyes nos venía de España —le recuerda Tania Mariana.

—Sí, es verdad. Nosotros venimos de una tradición hispánica; por eso hablamos español.

Bombardeo de preguntas sobre Papi.

—Pero papi, ¿y los taínos?

—Papi, ¿los españoles mataron a los taínos?

—¿Los españoles eran malos, papi?

Papi traga.

—Bueno... las cosas fueron más o menos así: los españoles... quiero decir, el imperialismo español —que no es lo mismo— vino aquí en son de conquista y se apoderó de estas tierras por la fuerza de las armas. En esas guerras, mataron a muchos taínos.

—Papi, a mí no me gusta mi nombre —se queja el pequeño Kaguax.

—¿Por qué no, mi amor? Es un nombre hermoso, el nombre de un gran cacique taíno.

—Los nenes de la escuela me hacen burla, papi. Me dicen "Kagax" y "Kleenex".

Papi apunta mentalmente que hay que ir a hablar con los compañeros/as maestros/as de la escuelita. Para eso se está haciendo el sacrificio económico de mandarlos a la N.E.M.N. (Nueva Escuela para un Mundo Nuevo): para

que les enseñen unas actitudes correctas. Si es aprender todo lo malo como cualquier hijo de vecino, que vayan a la escuela pública y se acabó.

El pequeñín, Chernestito, interrumpe sus reflexiones.

—¿Quiénes eran los buenos, papi? ¿Los tainos o los españoles?

Papi ya se imagina lo que va a venir a continuación y responde con cautela, tratando —a la misma vez— de no aparecer inseguro.

—Las cosas no son así de simples en la Historia, niños. Ellos no eran “buenos” o “malos” como ustedes se lo imaginan; eran hombres de carne y hueso... quiero decir, hombres y mujeres...

—¿Mujeres también, papi? —se sorprende Kaguax.

—Claro, bobo —dice Tania Mariana?— Y las violaban los españoles. Lo leí en un libro que tiene papi.

—Pero... —tartamudea Papi.

—¿Qué quiere decir “violaban”? —exige saber Chernestito— ¿Cómo las chiringas?

—No, mojón —le explica su hermana, mujer de mundo— Vio-la-ban. Eso es pegar los pipís, pero por la fuerza.

El pequeño Kaguax está encantado.

—¡Por la fuerza!

Papi hace una respiración profunda y retoma su disertación histórica.

—Nosotros, los puertorriqueños, somos el producto de todo este proceso histórico que les estoy contando. Somos la mezcla de los españoles y los tainos a través de los siglos, ¿entienden?

—Y de los africanos, papi —advierde Tania Mariana— No se te olvide.

—Y de los africanos, por supuesto, lo iba a decir ahora mismo, Tania.

—El maestro de matemáticas de mi escuela es negrito —dice Kaguax.

—No se dice “negrito” —lo corrige Papi— Se dice “un señor negro” o “trigueño”.

—A mí no me gusta el pelo que tienen —dice Tania Mariana— Cuando yo era chiquita ustedes siempre me compraban muñecas negritas —digo... negras—. A mí me gustaban las “Barbies” que me traía tití Mercedes. Tenían el pelo suaviiiiito, ruuuuubio.

Papi se pone pálido. Ahora lo único que le falta es que la mocosa le salga racista. Definitivamente va a haber que hablar en la escuela sobre este asunto.

—Tití Mercedes y el tío Luis son del penepé —dice el pequeño Kaguax.

Chernestito está a punto de preguntar si los penepés son malos, pero se distrae con un moco que se ha sacado de la nariz.

—En la escuela hicieron elecciones y ganó el independentismo —continúa su hermano— Sacamos más del noventa por ciento de los votos.

—Ah.

—Y en una encuesta entre salseros y rockeros, ganamos los salseros —agrega Tania Mariana—. Papi, ¿por qué no podemos ir a la marcha de mañana con las camisetas de “Menudo” que nos regaló tití Mercedes? ¿Eh?

—Sí, papi, por favor— le hacen coro sus hermanitos.

—¿Pero no me acaban de decir ahora mismo que son salseros? “Menudo” es un grupo de rock.

—Ah, pero eso es otra cosa —insiste Tania Mariana, que es fanática fiebrúa, enferma grave de menuditis aguda.

—Sí, papi, síííí— gritan los otros, proletariamente solidarios.

La voz de Papi desfallece, cargada de contradicciones primarias y secundarias.

—Es que no se ve bien. ¡Marchando contra las armas nucleares de los yanquis con esas camisetas consumeristas!

—Pero papi —protesta Tania Mariana— Si ellos son puertorriqueños como nosotros.

—Pero representan lo peor del capitalismo, carajo, que no tiene patria. “Menudo” es un producto para el consumo frívolo de las masas en un mundo que se muere de hambre; es una mierda, como la Coca-Cola y los chicles.

—¡Mmmmmm, qué ricos los chicles! —se relame Chernestito, el pequeñín.

—Somos tres contra uno, papi. La mayoría decide.

—Un carajo deciden —se enfogona Papi— Aquí se hace lo que yo digo. ¡No van con esas camisetas y se acabó!

—Pero papi, ¿y el centralismo democrático?

—¿.....?

Escrito en un par de espejuelos

2

Un par de espejuelos son dos espejos gemelos preñados de hojuelas de maíz. La niña los descubrió bajo la almohada, en el lugar preciso donde la noche anterior había acomodado para el sueño el primer diente de leche en espera del ratoncito que lo cambiaría por una moneda de a diez.

Un diente menos son dos ojos más se dijo de inmediato, pues la niña sacaba conclusiones fácilmente y en todas ellas había una ganancia sustancial.

Vistió sus hermosos ojos color miel con los mellizos transparentes. Cerró los ojos para poder abrirlos asomados ahora a una vitrina reluciente de regalos de Reyes. Pero al placer se sumó la sorpresa y a la sorpresa la confusión al comprobar que el ojo derecho se asomaba al día mientras que el izquierdo descubría la noche. Asimismo eventos diferentes transcurrían en cada ventana.

Por el ojo derecho y a través del lente diurno vio como una gallina daba vueltas incesantes acompañada de un alegre cacareo hasta poner un huevo reluciente tan dorado como el sol de la mañana.

Por el ojo izquierdo y a través del lente nocturno vio como un gato saltaba desde un tejado de plata a un plato de tierra azul como si de agua fuera, pues su caída fue suave y callada como una zambullida perfecta.

La niña pestañeó o cerró los ojos, que para el caso es lo mismo, pues algunos pestañeos pueden durar una vida. Al abrirlos nuevamente el gato había saltado al ojo derecho y en un abrir y cerrar de ojos se había tragado entero el huevo de oro. Entonces giró su oscuro perfil desenroscando el rabo de serpiente sombría hasta quedar de frente a la niña y la miró fijamente con dos ojos igualmente ovalados, dorados y refulgentes.

La gallina en cambio había volado hasta el tejado plateado y allí batía sus alas barriendo con ellas las sombras de la noche para que saliera el sol que comenzó a asomar entre el oscuro plumaje.

Y el ojo derecho del gato creció hasta alumbrar con su fulgor todo el ovalo derecho de los espejuelos mientras que el sol madrugador iluminaba el izquierdo. Tanta luz gemela y dorada despertó a la niña que con un suspiro y una sonrisa alargó el brazo, volteó la almohada y encontró embelesada un

par de tijeras doradas.

5 } La niña entonces tomó las tijeras relucientes insertando el pulgar y el índice de la mano derecha en los ojales de oro y se dio a la rica tarea de cortar la tenue tela del sueño y abrir los caminos de la mañana.

2 de enero de 1995

Marina y su olor - *Mayra Santos*

Doña Marina Paris era una mujer repleta de encantos. A los cuarentainueve años expiraba todavía esos olores que cuando joven dejaba a los hombres del solar embelesados y buscando como poderle lamer las carnes a ver si sabían a lo que olían. Y todos los días olían a algo diferente. A veces, un delicado aromita a orégano brujo le salía de por las grietas de la entrepierna, otras, perfumaba el aire a caobo macho, a limoncillos de quemar golondrinos, pero las más de las veces olía a pura satisfacción.

Doña Marina había trabajado desde chiquita en el comeivete "El Pinchimoja," establecimiento abierto en el creciente pueblo de Carolina por Esteban Paris. Anteriormente, don Esteban había sido clarinetista virtuoso, trabajador de caminos y muestrero de melao de la Central Victoria. Su esposa consensual, Edovina Vera, era nieta de una tal Pancracia Hernández, tendera española venida a menos a quién el tiempo le tramó una trampa en forma de negro retinto de Canóvanas. El le enseñó de verdad lo que era gozar de un hombre ya cuando ella le había perdido la fe y gusto a casi todo, incluyendo a Dios.

Marina se crió en "El Pinchimoja". Mamá Edovina, todos los años pariendo chancletas, le encomendó la cocina de la fonda y que vigilara a la María, la señora medio loca que le ayudaba a Mamá a mover los grandes calderos de arroz guisado con habichelas, las ollas de tinapa en salsa, el asopao de pollo, la batata asada, y el bacalao con pasas, especialidad del lugar. Como trabajo especial tenía que prevenir que la María cocinara con aceite de coco. Había que salvar la reputación del lugar y que la gente no se creyera que los dueños eran una trulla de negros aniscos de Loiza.

Desde los ocho hasta los trece años, Marina expulsaba aromas picantes, salados y dulces por todos los goznes de su carne. Y ella, arropada como siempre en sus olores, ni se dio cuenta de que con ellos embrujaba a todo el que le pasaba cerca. Su sonrisa ampulosa, sus pasas recojidas en trenzas y turbantes, sus pómulos altos y el olor del día, le sacaban la alegría hasta al picador más decrepito, hasta al trabajador de caminos más chupado por el sol, hasta a su padre, clarinetista frustrado, el cual se levantaba de su sopor de alcohol y sueños e iba a parársele cerca a su Marina nada más que para olerla pasar.

A Doña Edovina le empezaba a preocupar el efecto de Marina en los hombres, en especial, la manera en que lograba despertar a Don Esteban de la silla de alcohólico en la cual se postraba todas las mañanas desde las cinco, cuando terminaba de comprarle los sacos de arroz y plátanos al carretero supridor que a diario bajaba hacia el Colmado "La

nueva esperanza." Ya Marina tenía los trece años, edad peligrosa. Así que un día abrió una botella extra de ron Cristobal Colón de Mayaguez, se la puso al lado de la silla a su cortejo y fue a buscar a Marina a la cocina, donde ella empezaba a pelar las batatas y los plátanos para asar. "Hoy empiezas a trabajar para los Velazquez. Allí te darán comida, ropa nueva y la casa de Doña Georgina te queda cerca de la escuela." Doña Edovina se llevó a Marina por la parte de atrás del Pinchimoja hacia la calle José de Diego. Pasó por detrás de la Farmacia de los Alberti y llegó a la casa de Doña Georgina, blanca beata ricachona y cuya pasión por la yuca guisada con camarones la hizo notable en el pueblo entero.

En esa época Marina empezó a oler a mar. Iba a visitar a sus padres todos los fines de semana. Don Esteban, cada vez más alcoholizado llegó a no reconocerla, pues se confundía pensando que ella iba a oler a los platos del día y cuando Marina llegaba aromosa a chillo, o a los camarones que se comía regularmente en la la casona señorial, el padre volvía a tomar un trago de la botella amiga que yacía a los pies de su silla y se perdía en los recuerdos de su pasión por el clarinete. "El Pinchimoja" ya no atraía la gente de antes. Había bajado a la categoría de fonda de desayunos, allí lo que se comía era funche, sorullos de maíz con queso blanco, café y sancocho. Los funcionarios de oficina y hacedores de camino se había movido a otro comeivete que tenía una atracción que remplazó el cuerpo prieto de la treceañera olorosa a sazones,

una vitrola donde a la hora del almuerzo se escuchaba a Felipe Rodriguez, Perez Prado y a la orquesta de Benny Moré.

Fue en la casa de los Velázquez donde Marina se percató de su habilidad prodigiosa para albergar olores en su carne. Todos los días tenía que levantarse antes de las cinco de la mañana para dejar listo el arroz, las habichelas y la mistura que le acompañara--esa fue la condición que le impusieron los Velázquez para que pudiera asistir a la escuelita municipal. Un día, pensando en la comida que debía preparar al día siguiente para la señorona de la casa, sorprendió a su cuerpo oliendo al menú imaginario--sus codos a recaillo fresco, sus axilas a ajo, cebolla y ají rojo, sus antebrazos a batata asada con mantequilla, el entremedio de sus senitos en flor a lomillo fresco encebollado y más abajo a arroz blanco y granoso, como a ella siempre le quedaba el arroz. Entonces se impuso como disciplina hacer que olores recordados salieran de su cuerpo. Los aromas a yerbas le salían bien-- mejorana, poleo y menta eran sus favoritos.

Después de sentirse complacida con los resultados de sus experimentos aromáticos caseros, Marina empezó a experimentar con olores sentimentales. Un día trató de imaginarse el olor de la tristeza. Pensó firmemente en el día que Mama Edovina la mandó a vivir a casa de los Velázquez. Pensó en Don Esteban, papá, sentado allí imaginando lo que pudo haber sido su futuro como clarinetista en las bandas de mambo o en las pachangas de César Concepción. Del cuerpo le salió un olor a mangle mañanero y a calor de sabana, así,

entre rancio y medio dulzón. Después de ésto practicó el olor de la soledad y del deseo. Aunque pudo sacar aquellos aromas de su propio cuerpo, el ejercicio la dejaba exhausta, le causaba demasiado trabajo. Así que Marina empezó a recoger olores de los patrones, de los vecinos de la casona Velázquez, de la servidumbre que vivía en los cuartitos del patio, junto a las gallinas y los hilos de tender la ropa interior del hijo de Doña Georgina.

Hipólito Velázquez, hijo, no le gustaba nada. Marina lo había sorprendido en el baño raspeteándose la verga, la cual despedía un olor a avena con moho dulce. Ese era el mismo olor (con un toquesito más ácido) que despedía sus calzoncillos antes de lavarlos. Era seis años mayor que ella; enclenque y amarillo, con unas piernas famélicas y sin una sola onza de nalgas. "Esculapio" le apodaba callada cuando lo veía pasar, ella sonriendo siempre con esos pómulos altos de negra parejera. Las lenguas del pueblo decían que casi todas las noches el niño se paseaba por el Barrio Tumbabrazos buscando mulatitas para hacerles "el daño." Le encantaba la carne prieta. A veces Hipólito la miraba con ahínco. Una vez le insinuó que tuvieran amores, pero Marina se le negó. Lo veía tan feo, tan débil y tan apendejao que de solo imaginarse que Hipólito le ponía un dedo encima, su carne empezaba a oler a pescado podrido y ella misma se daba náuseas.

Después de año y medio de vivir con los Velázquez, Marina comenzó a fijarse en los varones del pueblo. En las fiestas patronales de Carolina de aquel año conoció a un tal

Eladio Salamán que de una sola olida la dejó muerta de amor. Tenía la mirada soslayada y el cuerpo apretado y fibroso como el corazón dulce de una caña. Su piel rojiza le recordaba el tope de los muebles de caoba de la casona Velázquez. Cuando Eladio Salamán se le acercó aquella noche a Marina para invitarla a bailar, llegó con un maremoto de fragancias nuevas que la dejó embelesada por horas, mientras la conducía del brazo y caminaba con ella por la plaza.

Tierra de bosque lluvioso, yerba buena con rocío, palangana sin estrenar, salitre mañanero... Marina comenzó a ensayar sus olores más difíciles a ver si lograba convocar el de Eladio Salamán. Este empeño la hizo olvidadiza con todos sus de otros menesteres, y a veces, sin proponérselo, le servía platos a los patrones con los olores confundidos. La yuca con camarones una tarde le salió oliendo a chuletas a la jardinera. Otro día, el arroz con gandules perfumaba el aire a verdura con bacalao y llegó a tales extremos su crisis que un pastelón de papas le salió del horno oliendo igualito que los calzoncillos del niño Velázquez. Tuvieron que llamar al médico de emergencia, pues todos los que aquel día comieron en la casa vomitaron hasta la bilis y creyeron que se habían envenenado sin remedio.

Marina entendió que la única manera de romper la fascinación con ese hombre era volverlo a ver. Sigilosamente lo buscó con el olfato por cada esquina del pueblo hasta que dos días después lo encontró sentado frente al cine Sereceda tomándose una champola. Esa tarde Marina no regresó a la

casa a tiempo para preparar la comida. Se inventó cualquier excusa . Corrió a hacer la cena, que fue la más sabrosa que se comió en el comedor de los Velázquez en toda la historia del pueblo por que olía a amor y al cuerpo dulce de Eladio Salamán.

En una tarde de andanzas por el barrio, Hipólito vio a Marina cogida de manos con Eladio, los dos sonrientes y dando vueltas alrededor de sus aromas. Recordó cómo la morena lo había rehusado y ahora la encontraba sobeteándose con aquel negro cañero. Pesó su momento y se fue a hablar con su señora madre. Quién sabe lo que le dijo, pero doña Georgina se puso furiosa. Cuando llegó Marina, la insultó--" Mala mujer, indecente, negra apestosa, apestosa..." Y hasta tuvo que intervenir mamá Edovina para convencerla de que no ^{la niña} la botara de la casona. Doña Georgina aceptó, pero con la condición de rebajarle el salario y redoblar la vigilancia. Marina no pudo ir más al mercado sin compañía, no pudo pasearse por la plaza en semanas, y sólo se podía comunicar con Eladio a través de recados.

Aquellos días fueron horribles. Marina no podía dormir, no podía trabajar. Se le borró de cantazo su memoria olfativa. Las comidas le salían desabridas, todas oliendo a armario vacío. Esto causó que los insultos de doña Georgina se redoblaran... "contentita, arrastrada, apestosa.." Una tarde en que ya no soportó más, Marina decidió convocar a Eladio con su olor, uno que ella se había hecho a la medida y que le enseñó un día de amoríos en los predios baldíos de la central.

"Este es mi olor"-- le había dicho Marina-- "grábatelo en la memoria", y Eladio, fascinado, se la bebió completa aquella vez, para que el aroma de Marina se le quedara pegado a la piel como un tatuaje. Marina estudió bien la dirección del viento. Abrió las ventanas de la casona y se dispuso a perfumar al pueblo consigo. Los perros realengos aullaron, la gente comenzó a caminar con prisa por la calle, pues juraba que eran ellos los que olían así, a bromelias espantadas, a saliva ardiente. Dos cuadras más adelante, Eladio, que hablaba con unos amigos, reconoció el aroma, se despidió y fue a ver a Marina. Pero llegando y besándose, y el niño Velázquez que los sorprende, echando a insultos a Eladio de la casa. Ya a puerta cerrada, Hipólito le propuso a Marina que si lo dejaba chupetearle las tetitas, el mantendría el secreto y no le diría nada a la patrona. "Así mantienes el trabajo y de paso te evitas los insultos de mamá," le dijo, ya acercándose. x

Marina se enfureció de tal modo que no pudo controlar su cuerpo. Por todos los poros se le salió un olor herrumbroso mezclado con peste a aceite quemado y ácido de limpiar turbinas. Era tan intenso, que Hipólito Velázquez tuvo que agarrarse del sillón de medallones de la sala a causa de un mareo. Sintió que le habían robado el piso y cayó redondito sobre las lozas recién mapeadas de la salita de estar. Marina esbozó una sonrisa victoriosa. A paso firme, entró en el aposento de Doña Georgina. Fumigó el cuarto con un aroma a melancolía desesperada (lo había recogido del cuerpo de su padre) que revolcó por sábanas y armarios. Iba a matar a

aquella vieja de pura frustración. Tranquilamente salió a su cuarto, hizo un emborujó con sus cosas y miró la caçona complacida... en el piso, el embeleco del niño Velázquez con un desmayo del que jamás se recuperaría por completo. El aposento de la patrona olía a recuerdo de muertos que aceleraban las palpitations del corazón. La casa entera despedía aromas inconexos, desligados, que obligó a que nadie en el pueblo quisiera visitar a los Velázquez nunca más.

Marina sonrió. Ahora iría a ver a Eladio. Iría a resucitar el "Pinchimoja". Se largaría de aquella casa para siempre. Antes de salir por la puerta, se le escaparon unas palabras hediondas que a ella misma la sorprendieron. Bajando las escaleras del balcón, se oyó decir con resolución -- "para que ahora digan que los negros apestan."

Escrito en un pañuelo

4

Un pañuelo de encaje se fue a llorar un día.

"Un día llorado es mal modo de comenzar un pañuelo." - le dijo una lágrima a otra.

"Encajar una lágrima en un llanto es empezar un mundillo de nunca acabar." - le contestó un lagrimón que ~~recogía~~ *recogía* lagrimas a la vera del camino para alimentar un riachuelo.

"El mundo es un pañuelo." - sollozó una lagrimita al encontrarse con su hermana que creía perdida.

"Más perdida serás tú." - le ripostó la hermana ofendida y se diluyó en un llanto mayor.

"¡Encajosa!" - le gritó una lágrima a otra que se lucía como una perla en la espuma del encaje.

El pañuelo decidió que tanto conflicto no valía un llanto, se secó de dolor, se planchó él solito y se encajonó.

5 de enero de 1995

Hostos, bróder,
esto está difícil

“Y vivamos la moral, que es lo que hace falta”, dice el conferenciante que dijo el prócer y al terminar todos aplauden. Tú saludas a tus amigos, al profesor aquél que no falla en los actos culturales y los mítines, hablan de cuándo va a haber una revista BUENA de cultura, que dure, pero que todos sabemos que no puede durar porque no tendría anuncios y el sistema es, tú sabes, pero de todas maneras, Hostos es Hostos y tú te pones a recordar lo que has leído de él y sobre él, te montas en el carro y piensas que si vivieras en el Viejo San Juan estarías a un pasito de casa, pero no es así, total los que viven en San Juan no encuentran estacionamiento nunca, así que te vas para Río Piedras por el Expreso, total, vuelves a pensar, aunque encuentres estacionamiento en San Juan, el carro no te dura porque cada dos semanas, al menos, te rompen algo, te lo guayan, te arrancan los winshilwaiper, menos mal que tu carro está más o menos y vas pensando que cuando... ¡JUAKATA!!! El Hijo de su Madre que venía detrás te da un corte de pastelillo. Sigues con más atención

porque de todas maneras tú eres civilizado y la gente que está violenta tiene la cabeza fuera de sitio y tú no eres así, tú quieres ser decente, como Hostos, respetar el derecho ajeno, como Juárez, cantarle al canario amarillo, como Martí; tú tienes héroes de sobra cuando ¡JUAKATA! ¡JUAKATA! Y otro maldito JUAKATANAZO y has perdido el control y estás casi en el mangle y los pocos autos que pasan tocan bocina mientras siguen sin parar porque son las once menos cuarto de un miércoles y tú sabes como está la criminalidad.

Tú estás parado en el pastito al lado del Expreso. Te tocas todos los huesos, pero no parece que tengas ninguno roto, tú no, tú tienes suerte. Respiras hondo porque esto parece una escena de la película "Encuentros cercanos del primer tipo". Arriba el cielo despejado, la noche preciosa, apenas un alma en la carretera, abajo el carro está y no está, la puerta de la derecha le guinda, de adentro sale luz a borbotones, todo se le prendió, hasta el radio, tienes las luces altas y los flashers a la vez. Lo que falta es que venga un extraterrestre y te lleve. Un carro se detiene, se baja un mister buenagente y te pregunta si estás bien. Le dices que sí "¿Pero el carro prende o necesitas una grúa?" El carro está prendido, te montas, le das a los cambios, lo pones a caminar un poquito hacia delante, un poquito hacia atrás. "A casa sí llego". "Bueno, suerte", dice el hombre y se desaparece como el llanero solitario. Y solitario te quedas tú. Falta como medio carro, entre la puerta, el bonete que quedó torcido, toda la derecha te la llevaron. Y el hijo de su madre que te chocó debe estar ya por Vega Baja. ¿Como en cuánto sale ahora sí, maldición, poner esta cacharra bien otra vez? Un cálculo conservador, \$800.00 con mano de obra gratis de los primos y algunos panas del vecindario. Esto le ha pasado a medio Puerto Rico, y a la otra mitad está por pasarle, te dices, cuando te vas a montar en el carro y aparece un motociclista en una motora negra, y él

vestido de negro, con casco colorao. Será de una brigada socialista de auxilio de carreteras, quieres elucubrar. "¿Bróder, eso fue ahora mismo?", te pregunta el tipo. Le das detalles, estás loco por contarle a alguien cómo fue que tú venías sin haberte dado un palo, de una conferencia cultural sobre De Hostos. "¿De la calle Hostos que tú venías?", te dice el tipo y te das cuenta que no es a él que le vas a contar todo. Mira el carro detenidamente. Saca una libretita, hace anotaciones, te consulta el año del carro. "Yo te puedo conseguir piezas", dice, "dame tu teléfono". Y ahí mismo dices que no. Tú no vas a ser parte de la criminalidad que hay en la Isla. Es más, si tú ni siquiera fumas pasto porque no quieres ser partícipe de las ganancias de la mafia. Una vez escribiste una columna sobre cómo uno ayuda a la criminalidad si participa de alguna manera en la compra de objetos robados, y te preguntabas a dónde habrían ido a parar los miles de mahones y potecitos de crema rosada "Oil of Olay" que se robó Andrades con sus compañeros en los furgones. Tú no, tú sabes que cada año mueren como 200 seres humanos en este país porque la cadena de la Mafia-droga-corrupción —y participación de ciudadanos decentes no permite que se limpie a este país, que tenemos que vivir la moral, que es lo que hace falta. "No, no te preocupes, yo me las arreglo", le dices. Pero él se te queda mirando y respira con todo el bigote y te dice dame tu número por si cambias de opinión, y tú se lo das porque sabes que todo es cambio. "Te llamo a las 8 de la mañana. Te consigo todas las piezas, nuevas, del mismo color, y un radio con cuatro bocinas, usado, tú me entiendes, pero bueno. Por 350 te lo llevas todo", dice y se monta en su motora y se va pero no como el llanero solitario porque él nunca hubiera hecho una proposición deshonesta a nadie.

Suena como gata recién parida pero lo prendes y lo haces arrastrarse hasta tu casa, mientras te entra el frío

por el hueco donde una vez hubo una puerta derecha. Entrás al apartamento y quieres llamar a alguien pero son las 12:30, no te ha pasado nada y no tienes derecho de molestar ni asustar a tu hermana, ni a tus amigos. Mañana bregas. No es correcto, si uno es honesto y justo, Dios proveerá, tú lo sabes, eso es así, tú pa'lante, a ningún mafioso le vas a comprar piezas que quizás son de un carro de algún conocido a quien le jodieron la existencia robándole su carro.

A las siete de la mañana estás mirándolo y vienen Papo y Quique a verlo. "Pana, ¿cómo fue eso?". Les cuentas. "Se te van a ir como mil. Quizás 900, pero como mil", te dicen y te dan palmaditas en la espalda. Se van al trabajo, entras a tu casa, miras las paredes, los carteles de De Hostos, de Juárez, de Martí. Tú quieres ser decente pero necesitas el carro para ir al trabajo pero no te vas a dejar caer en la tentación, tú quieres ser diferente, tú tienes la moral socialista. Suena el teléfono. Lo dejas sonar tres veces y dices "Hostos, bróder, jesto está difícil!!!!" Y levantas el audífono y dices "Hola". "Soy yo, mi pana, ¿qué decidiste?" Y das la vuelta para no mirar los carteles en la pared y con tu mejor voz de persona decente le respondes: "Mira, yo no quiero el radio, para nada quiero el radio, ahora las piezas..." y sigues tratando de vivir la moral, que es lo que hace falta.

Escrito en un anillo

6

Un anillo de plata se deslizó de un dedo anular en noche de luna llena. Rodó calle abajo como un aro sin vara ni niño que lo condujera. Tropezó con un adoquín azul y cayó redondo a su lado, vacío de todo menos de la ilusión de volver a contener una señal, a gestar una alianza, a comprometer un gesto.

La luna que no es celosa, pese a lo que digan los poetas, y sí vanidosa, porque lo sé yo, sobrevolaba las copas de los árboles y los tejados de las cosas buscando en vano un espejo. Un destello en el anillo fue suficiente invitación para que la luna se inclinara a admirarse en el espejo ausente.

El anillo comprendió que un deseo es una orden. Imantada la plata con la plata, el anillo apresó el astro reluciente, lo enmarcó y tan justo fue su abrazo que quedaron unidos para siempre.

Desde entonces la luna es el espejo de todos los amantes y en él se ven tan bellos que ni anillos tienen.

14 de enero de 1995

La Gurúa Talía: Correo de San Valentín

14 de febrero de 1984

Apreciada Gurúa:

Ya era hora de que la gente clara de este país pudiéramos contar con un espacio propio en un periódico de esa categoría y circulación. ¡Su sabio asesoramiento político-sexual trae la paz y el sosiego a tantos corazones subdesarrollados! Hoy recurro, yo también, a él en busca de orientación.

Conocí a mi hoy marido cuando yo estaba en cuarto año de escuela superior. El era estudiante de Leyes en la UPR. Vice-presidía la Juventud Ultrarrevolucionaria Boricua (JUB) y estaba a ley de dos piquetes para convertirse en el feliz poseedor del Carné Fuchsia, máxima distinción otorgada por dicha organización. Su compromiso político era incuestionable, así como su total adhesión a cuanta causa justa apareciera en el horizonte, desde el Comité

Pro-Defensa de las Langostas Preñadas hasta la Brigada de Solidaridad Interplanetaria. Predicaba y practicaba las ideas más avanzadas de la época. Fue él quien me despojó de todos mis prejuicios burgueses, llevándome a reivindicar el derecho al orgasmo una noche en la Carretera de Trujillo Alto. Nunca me permitió, sin embargo, tomar píldoras anticonceptivas, aduciendo que eso era "hacerle el juego a las intenciones genocidas del imperialismo yanqui." Y lo inevitable sucedió. Sucumbiendo a su carisma irresistible, quedé encinta y tuve que posponer mis proyectos universitarios para casarme. El tronaba contra el matrimonio, "ese hipócrita concubinato legalizado". Pero la crítica situación económica y las fuertes presiones familiares nos arrinconaron. Fue una sencilla boda civil en el sótano del Centro Judicial. Yo fui de mahón y chámpons en protesta contra el traje blanco, "perpetuador del mito de la virginidad". Recuerdo la cara que puso el juez al ver llegar al "novio" en shorts rojos y una *t-shirt* psicodélica que proclamaba: MATRIMONIO: DELITO CONTRA NATURA. Mi madre, quien milagrosamente estaba presente (tras largas horas de cabildeo en las que mi marido repetía furioso: "La familia es la teca de los pueblos"), comentó, en un raro acceso de lucidez: "Ese es un león de la Metro con piel de cordero del escudo." Palabras con pus.

Con el subsidio que acordaron pasarnos mis padres mientras él estudiaba, alquilamos un miradorcito en un hospedaje de Santa Rita. Allí nació la nena y murió el prócer juvenil. Tan pronto perdí la pipa, mi Che Guevara se me pinochetizó.

Comenzó por botarme los lápices de labios y desgarrar a dentelladas los mahones *pre-washed* que tanto lo seducían durante nuestro noviazgo so pretexto de que eran "afeites y vestimentas extranjerizantes". Me prohibió

salir del mirador y aun sentarme en el balcón en ausencia suya para que no fuera a "fomentarle el machismo reaccionario" a los pupilos del hospedaje. Durante las largas horas que él pasaba entre la Universidad y las actividades políticas, yo me quedaba sembrada en aquel cubículo gris, cumpliendo con mi "rol social" de madre y ama de casa. Para entretenerme y mantenerme más o menos al tanto de lo que ocurría afuera, escuchaba la radio. Pero no pasó mucho tiempo antes de que el transistor desapareciera misteriosamente. Esa noche me bajó con que: 1. "El periodismo local es manipulado por las grandes cadenas noticiosas yanquis." y 2. "Los medios masivos de Puerto Rico enajenan a la población para prolongar el estado de inconsciencia." Por lo tanto, más valía ahorrarse la "agresión ideológica" y estofarse, en su lugar, los libros que él me recomendaba. El día del Grito de Lares (él no celebra "la farsa hebreo-cristiana de la Navidad") me regaló nada menos que *El Capital*. No tuve más remedio que tirármelo, entre planchadas, mapeadas, sancochos y pámpers sucios, porque él me asignaba capítulos enteros y hasta me daba exámenes para asegurarse de que había empleado "constructivamente" mis "ratos de ocio". Cuando traté de explicarle el conflicto entre mi "formación política" y las agobiantes tareas domésticas que él (partidario de la "división pre-industrial del trabajo") no compartía, me sometió a una "sesión de crítica y autocrítica". En ella, me salió a comer por no aceptar "con alegría revolucionaria" lo que él llamaba mi "sacrificio patriótico" que, al permitirle convertirse en "abogado defensor de los pobres y oprimidos", contribuiría al "triunfo inevitable del proletariado."

Las cosas fueron empeorando. Llegaba a horas imprevistas para sorprenderme en algún delito imaginario. Me

inspeccionaba la cartera a diario, mirando cuidadosamente detrás de cada foto a ver si ocultaba alguna novedad. Interceptaba mi escasa correspondencia y las revistas que mi madre me mandaba por correo. Su versión era que estaba protegiéndome de "la penetración propagandística colonial". En pleno escalonamiento de la crisis, lo encontré rebuscando en el zafacón en busca de condones usados ajenos (él no los usa por boicotear a la multinacional que los fabrica). Cuando, en mi desesperación, me le quejé de su plusvalía de celos, se me rió en la cara y me explicó, con cierta condescendencia, que los celos reafirmaban "el concepto de propiedad privada" que él siempre había denunciado y combatido.

Quizás si esto hubiera sido todo, yo hubiera seguido bregando, tratando mal que bien de restaurar las ruinas taínas de nuestra relación. Pero hace aproximadamente dos semanas, hice un descubrimiento que me llenó de indignación y de amargura: huellas de lápiz labial en una de sus camisas. Al confrontarlo, admitió la existencia de una "compañera de luchas" que "milita" con él en la JUB. Esa sí que "comparte" y "a todos los niveles". "Tremenda cabeza analítica" tiene. Nunca ha dejado de "crecer", contrariamente a esta "Madame Sofrito" que hoy le escribe. Por si esto fuera poco, me acusó también de tener "una óptica prehistórica de las relaciones hombre-mujer", añadiendo que la monogamia era "un pilar de la sociedad burguesa". Desde ese día, empezaron a multiplicarse las "reuniones de trabajo", las "asambleas" y los "cursillos de capacitación". Como ni teléfono tengo, paso gran parte del día sin hablar con nadie, pensando en el triste desarrollo de nuestro proceso (ya hasta hablo como él). Por favor, Gurúa, ayúdeme. Sigo enamorada del guerrillero idealista y *anti-establishment* que conocí hace año y medio. ¿Cómo es posible esta transformación tan brutal?

¿Seré yo la responsable? Estoy confundida. Cuando expreso tímidamente mi insatisfacción ante el status de confinada urbana que me ha impuesto, se pone histérico y grita que "la liberación femenina es una mitificación norteamericana-capitalista para destruir la unidad revolucionaria boricua". ¿Tendrá, después de todo, razón? ¿Qué pensar? ¿Qué hacer?

Espera ansiosa su amable análisis,

Desdémona la Sufrida.

8 de marzo de 1984

Sufrida Desdémona:

Tu marido no le llega ni a los juanetes a Otelo. Se trata más bien de un "Motelo" criollo, militante del neomachismo ilustrado que conocemos tan bien.

Este caso es típico de ciertos elementos que exhiben un delirio de grandeza crónico debido a sus múltiples inseguridades. Para poder sentirse superiores, mantener sus privilegios y salirse impunemente con la suya, se acogen a una filosofía cuyos verdaderos postulados deforman y manipulan como les da la gana. Las tesis revolucionarias sólo les sirven para justificar sus caprichos y desmanes y para reprimir a las mujeres ciegas de admiración que (increíblemente) siempre encuentran. Por lo general, las escogen bien jovencitas, con poca experiencia de la vida. Así resulta bien fácil erigirse en fuentes de sabiduría universal y ejercer un dominio total sobre las mentes de

sus víctimas. Este neo-machismo ilustrado es mucho más sofisticado y perverso que el paleo-machismo tradicional. Está dotado de una "buena conciencia" a prueba de balas críticas. Me explico:

Aunque podrías citarle "patrás" a Marx con aquello de que "la mujer es el proletario del hombre", él siempre encontrará la manera de enredarte en sus vericuetos teóricos. Para eso lleva años en círculos de estudio. Imagínate la cantidad de tesis, antítesis y síntesis que tiene embotelladas. No caigas pues en la trampa del debate estéril. Su retórica oportunista es infinitamente camaleónica. Te aconsejo, igualmente, que tampoco te dediques a invertir el esquema de la dominación para obtener una bien merecida revaucha. En ese "trip" se quedan muchas. Si te pones agresiva, sospecho que entonces tu motelo podría recurrir a la violencia en nombre de la lucha armada y la autodefensa revolucionaria.

Abre el ojo y echa un taco. Regálaselo a la "compañera de luchas", a ver si en el "proceso" aprende algo. Si no es boba, se dará cuenta bien pronto de qué clase de payaso es este falso profeta que desprestigia las ideas de izquierda. Mientras tanto, pónete a estudiar (aunque tengas que recurrir a los viejos por un tiempo), búscate un trabajo (si el desempleo te lo permite) y, ya tú sabes: borrón y cuenta nueva. Ah, y un detallito: el amor siempre es libre. No le hipoteques tu independencia de criterio a nadie. Por ti, por la nena y por la auténtica revolución que es, no se te olvide, una aventura permanente.

Saludos sororales de tu

Gurúa Talía.

(8)

Escrito en un botón

Un botón blanco de hueso, marfil o plástico - ya no recuerdo, pues fue hace tanto tiempo - saltó del pecho como un corazón asustado.

El ojal que encabezaba el alto edificio de la camisa quedó hueco, el tejido de batista, flácido y curvo como un signo de interrogación sin terminar.

El botón disparado ciegamente pasó por alto el vano escudo de la mano alarmada, rebotó en la pared de ladrillos, cayó sobre la mesa de vidrio y rodó lentamente hasta el borde precipitándose hacia el piso donde casi desaparece en el trazo aterciopelado de la alfombra persa.

Allí se convirtió en el ojo de un faisán perdido en el jardín real de un rey tejido por niños ciegos. Fuentes, minaretes, alcobas asomadas al ver dor, cuerpos abandonando ropajes, flechas despidiéndose de los arcos morían en el mar de colores que entraban y salían de la blanda superficie como delfines entonando una canción sagrada.

El hilo de este relato allí se perdió o se encontró - ya no recuerdo - pues sucedió hace ya tanto tiempo.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS